

En efecto, hay en Francia, para calmar al pueblo, una razón moral de una importancia grandísima, y es la convicción de que, pase lo que pase, no habrá sido por culpa de este país. Radicales y moderados, todos aquí han trabajado durante los últimos tiempos por mantener el equilibrio europeo. En las contiendas de los Balcanes el Gabinete de París ha sido el que con más entusiasmo ha intervenido para apaciguar los odios. La misma prensa nacionalista, que en otras ocasiones se mostró agresiva, desde hace muchos meses emplea para hablar de conflictos posibles un tono conciliador.

Pero ahora que toda esperanza de paz parece perdida; ahora que Rusia arma sus huestes; ahora que hasta Bélgica, hasta Holanda, hasta el Luxemburgo, apelan a sus reservas, el país, tranquilo, grave, sin fanfarronadas ni gritos, se declara dispuesto a acudir a la suerte de la fuerza.

Los que vivimos aquí desde hace más de veinte años hemos visto muchas veces la agitación bélica del pueblo. Hemos visto, en los días de Fashoda, la fiebre desesperada de los que a toda costa querían la guerra. Hemos visto el desaliento de los que, en ciertas épocas, con cualquier pretexto, creían en un ataque alemán. Hemos visto, en fin, durante los días de Agadir, la cólera de los que levantaban los puños amenazando al Káiser. Pero lo que vemos hoy nunca se había visto.

No hay idea, en efecto, de la sangre fría con que este pueblo, famoso por su impresionabilidad, acepta la idea de la lucha. Y no creáis que es el espejismo de la *revancha* lo que lo anima. No he oído aún hablar a nadie de Alsacia y de Lorena. No he visto en ningún periódico las tradicionales promesas de reconquista. Se trata de una guerra necesaria, de una guerra impuesta por las

circunstancias y las alianzas, de una guerra casi desinteresada, en fin, y como tal la consideran todos. La señal no se espera esta vez de Berlín, sino de San Petersburgo. Y fuera de la Bolsa, que es el centro de los cosmopolitas, a nadie le aflige la perspectiva de que el toque fatal lo despierte esta noche o lo sorprenda mañana al levantarse.

— *Nous sommes prêts* — dicen todos.

Y en esta frase no se nota ni orgullo ni jactancia. Los tiempos en que un general gritó que no faltaba un botón de polaina al ejército, han pasado para siempre. El *nous sommes prêts* de hoy significa que el país entero está seguro de haber hecho, durante los años de la preparación, todo lo humanamente posible para asegurar su fuerza. Lo demás está en las manos del Destino...

Cuando, en el Bulevar, alguno de esos periódicos que adelantan siempre al tratarse de malas noticias, asegura que los rusos han penetrado ya en Rumania y que en la frontera de Alsacia las tropas franco-alemanas avanzan unas contra otras, diríase que el alma popular se regocija. No he visto una crispación, no he visto un rostro inquieto, no he oído una palabra de protesta. La conciencia nacional acepta sin emocionarse la perspectiva del más formidable choque que han visto los siglos. Y es que vivimos desde hace tres años en tal atmósfera de odios y de zozobras, que hasta los más pacifistas han tenido tiempo de crearse un ánimo resignado.

La fisionomía de la ciudad.

8 de agosto.

En los buenos tiempos de las luchas pacíficas y de los ideales pacifistas, los discípulos de Guesde amenazaban a París con declarar la huelga general en caso de guerra europea. Hoy, como es sabido, hasta los más revolucionarios hanse apresurado, olvidando felizmente sus ideas, a empuñar el fusil para defender a su patria. Pero a pesar de ellos, la huelga casi general existe. Basta con dar un paseo por las calles, en efecto, para ver hasta qué punto la movilización ha paralizado la vida del país. Las tiendas están cerradas. Y lo más curioso, lo que el socialismo no preveía, es que al paro de los que venden, corresponde un riguroso *lock-out* de los que compran. La moratoria de los Bancos ha dejado sin dinero los bolsillos.

— Con las economías forzosas que comenzamos a hacer — decíame ayer una dama —, al fin de la guerra todos vamos a encontrarnos ricos.

Ahora, en cambio, todos somos pobres.

— ¿Quiere usted un cheque? — pregunta la gente riendo.

Porque, eso sí, el buen humor no se ha perdido. Sin teatros, sin restaurants lujosos, sin cafés nocturnos, sin automóviles, sin modistas, hasta sin confiterías, la ciudad sigue siendo, en el fondo, la misma.

En el fondo, digo...

Cuando, hace tres noches, los cafés cerraron por primera vez sus puertas a las ocho, París tomó, de pronto, un aspecto tan lúgubre, que todos nos creímos, de repente, transportados a una ciudad sitiada. La gente, al salir del restaurant, apresuraba el paso, mirando con recelo a las patrullas de guardias republicanos, cuyos cascos lucían en la penumbra amenazadoramente. La risa de siempre, que ni la declaración de guerra había hecho cesar, la buena risa que sabe acompañar a los galos aun en los momentos más graves, trocóse en un gesto de preocupación y hasta de zozobra.

— ¿Qué puede pasar? — preguntábase todos. Y las malas noticias falsas volaban de labio en labio, angustiendo las almas. No era la campaña apenas iniciada, no; no eran los movimientos de tropas; no eran las amenazas germánicas lo que así ponía a prueba los nervios de la gran ciudad impresionable.

De la frontera sólo venían himnos de ardor y de esperanza. Pero las turbulencias de unos cuantos centenares de energúmenos que, durante el día, habían recorrido las calles apedreando escaparates de aspecto vienés y saqueando cervecerías bávaras, llenaban a los parisienses de desasosiego.

— Mañana — decían unos — serán miles los que aprovecharán el río revuelto.

Otros daban detalles fantásticos de casas incendiadas, de almacenes pillados, de comerciantes heridos.

En pleno centro, los vidrios rotos de una famosa salchichería húngara y de un bazar austriaco servían de pruebas de lo que es la violencia de las masas. Y todos los burgueses que tienen algo que perder corrían hacia sus casas para poner a buen recaudo sus economías. La

imagen sangrienta de la *Commune* comenzaba ya a surgir en la sombra para llevar el espanto a los ánimos.

Pero pasó la noche, y vino el día, con sus cantos, con su entusiasmo, con su vida. Por las calles, ya bien guardadas por la Policía, no había más cortejos que los de los buenos soldados de Francia, que corrían hacia las estaciones en busca de los trenes militares para volar a la frontera. Ni aun ante las Embajadas de Alemania y Austria veíanse grupos de manifestantes. El prefecto, con mano hábil y ruda, había ya cogido por el cuello a los señores *apaches* para encerrarlos en la Conserjería. Los periódicos dijeron: «Mañana serán juzgados.» Entonces la curiosidad llevó a la gente a querer ver los rostros patibularios de los que durante un día entero aterrizaran a los tímidos. Los escaños del Tribunal Correccional se vieron tan concurridos como los del Tribunal Superior durante el proceso Caillaux. Yo estaba allí. Yo también quería contemplar a las fieras. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa al ver desfilar unas cuantas docenas de chiquillos imberbes, a quienes una noche de encierro habíales dado un tono de terrible lividez. Sollozando, los infelices se excusaban de sus desmanes. Habían apedreado, sin duda; pero era sin saber lo que hacían. Y todos invocaban el nombre de sus buenas madres. Y todos, como en la escuela, prometían ser muy formalitos en lo venidero. El mismo fiscal tuvo que enternecerse, y los jueces, que habían pensado en terribles escarmientos, se contentaron con distribuir condenas ligeras y severas reprimendas.

Por la noche ya París no se mostró inquieto. Una vez los cafés cerrados, los bulevares llenáronse de gente. En los bancos públicos, por lo general sólo poblados de pobres seres sin domicilio, fueron sentándose las lindas

muchachas que querían comentar las noticias. En las plazuelas, los grupos discutían con calor la actitud de Viena y de Berlín. Los mismos guardias republicanos no pasaban presurosos y erguidos, sino que se paseaban, mirando paternalmente a los noctámbulos.

— Mañana — decían algunos en alta voz — nos traeremos nuestra cena para comer bajo los faroles.

Esta noche, en efecto, es una fiesta nocturna la que París celebra en las calles sin cafés ni tabernas. La animación es inmensa. Los quinientos mil ciudadanos que no saben qué hacer cuando sus lugares habituales de tertulia desaparecen, paséanse tranquilos; y sin pensar que la ley marcial prohíbe los grupos, se apiñan cada vez que en alguna esquina un vendedor de periódicos anuncia una nueva edición del *Matin* o de *El Intransigente*.

Y es que, como dice Clemenceau, el único momento angustioso ha pasado ya. Cuando se habló de guerra a una generación que no sabe lo que eso significa, hubo tal vez en la burguesía, sólo en la burguesía, un minuto de estupor. Todo lo que es tragedia acudió a las memorias. Se pensó en el sitio, en la *Commune*, en el hambre. Pero apenas ha transcurrido una semana, y ya todo va recobrando su aspecto ordinario, a pesar de los cafés cerrados y de las tiendas cerradas.

Los únicos que se quejan son los extranjeros, acostumbrados a más *confort*, a más lujo, a más sibaritismo. Por eso las Embajadas, convertidas en agencias de viaje, se ocupan desde hace días en organizar trenes que se llevan hacia Suiza o hacia España a los que no reconocen a su París de fiesta galante en este París guerrero.

— Mañana — me asegura un ministro de América — no quedará uno solo de nuestros compatriotas aquí.

— Quedaré yo — le contesto.

Y es que, realmente, si la capital de Francia ha sido interesante alguna vez, es ahora. ¿Para qué teatros si el espectáculo está en todas partes de la ciudad?... ¿Para qué dramas si el que vivimos es admirable?... ¿Para qué fiestas si no la hay mayor que la de las almas?... ¿Para qué automóviles si cuando andamos de prisa nos exponemos a no percibir las palpitations del pueblo?... ¿Para qué tiendas si lo único maravilloso es lo que no puede comprarse?... Con sólo respirar el ambiente de la calle se experimentan sensaciones extraordinarias.

— ¿Es éste mi París? — me pregunto.

Desde tiempos inmemoriales estábamos acostumbrados a considerar la gran ciudad cual el organismo más impresionable y más nervioso del Universo. Toda emoción resonaba en su recinto con sonoridades extraordinarias. Una bomba anarquista la hacía temblar, un cortejo fúnebre vestíala de luto, una catástrofe colonial la enloquecía, un conflicto la daba fiebre. ¡Ah, los días en que por unos cuantos soldados muertos en Indo-China, la gente asaltaba el Senado! ¡Ah, las noches del tiempo de Ravacholl! ¡Ah, las horas de Fashoda!... «¿Qué sucedería en caso de una guerra europea?», pensábamos con espanto todos. Y he aquí que la guerra ha estallado, que el país juega al juego trágico de los azares de las armas su riqueza, su porvenir, su prestigio. He aquí la vida entera de la nación suspendida. He aquí las primeras noticias que hablan de hecatombes espantosas... Y París, por un milagro inexplicable, tórnase de pronto el más tranquilo, el más sereno, el más ponderado de los pueblos. Llena de fe y de esperanza, la gente aguarda, sin impaciencia, los telegramas de la frontera. Todo el mundo se da cuenta de la formidable grandeza de la tragedia. Pero nadie tiembla.

Aquí están mis compañeros recién llegados que no me dejarán mentir. Aquí está el gran Blasco Ibáñez, *retour* de Buenos Aires; aquí está el exquisito Zamacois, que vino Dios sabe de dónde; aquí está Cristóbal Botella, que abandonó su quinta de Biarritz para no perder el espectáculo de París en guerra; aquí está Muñoz Escámez, que después de una jira por Bélgica regresa a su casa parisina. Por la tarde vienen a verme a mi rincón del café Napolitano, y admiran la animación de los grupos, en que los hombres y las mujeres parecen perpetuamente celebrar una fiesta.

— Esta gente — preguntóme la primera tarde Blasco Ibáñez —, ¿no va a la campaña?

— Todos van — le contesté —; pero cada uno espera su día, según las órdenes de movilización. Cuando les toca su turno, vienen, charlan, se toman su copa, y luego, sin emoción, como si se tratase de un paseo, nos dicen «adiós»; digo, no, adiós no; nos dicen «hasta luego».

Desde hace diez días, en efecto, más de cien amigos míos se han marchado. Casi todos ellos son literatos, artistas, actores, gente poco dispuesta a caminar a pie bajo el sol y a comer mal; gente, en general, rica, acostumbrada a los automóviles, a las cenas de Montmartre, a los botines de charol. Y ninguno de ellos, así, literalmente, ninguno, ni aun en la intimidad de relaciones que datan de veinte años, me ha dejado ver la menor contrariedad. Calzados con los duros *godillots* militares de cuero gris, llevando por todo equipaje un saco de tela, acuden al café por última vez, y a la hora fija nos dan un abrazo, sonríen, prometen escribirnos y se echan a andar a pie camino de la estación del Este.

El que se queda emocionado siempre, soy yo... ¿Cuántos, entre ellos, no volverán?...

Pero París no quiere hacerse esta pregunta angustiada. Con una disciplina moral admirable ha calmado sus nervios, ha domado sus sentimientos, ha refrenado su impresionabilidad, y sigue viviendo su vida de siempre, tranquilo, seguro de sí mismo, lleno de fe y de esperanza.

¡Cuánta razón tenía el viejo rey de Prusia al decir que con los franceses nunca se sabe lo que va a suceder al día siguiente!

La misma miseria, provocada por el cierre de las tiendas y por la paralización de la industria, toma aspectos risueños. No hay mendigos. No hay nadie que se queje a la manera española, lóbrega y pesimista. Las modistillas que no pueden ya poner flores en los sombreros ni cintas en las faldas, se consagran, sin perder su gracia fina, a quehaceres más humildes. ¡Hay que vivir! Y para vivir, unas reemplazan a los *camelots* vendedores de periódicos, y ofrecen sin timidez, sin provocación, con un aire muy natural, *Le Matin*, *La Presse*, *L'Intransigeant*. Otras llevan cestos llenos de lazos simbólicos, azules, blancos y rojos, para adornar las solapas de los patriotas. Otras brindan canciones guerreras a los mancebos que pasan camino de la frontera. Todo en la buena villa toma formas industriales y agradables cuando los parisienses lo desean.

¿Y los ancianos cuyos hijos han sido sacrificados? Éstos, para comer, comienzan ya a vender los mapas de la Francia de mañana, con sus dos provincias rescatadas. La línea antigua del Rin marca con colores azulados la frontera. Por curiosidad he comprado algunos de esos mapas, buscando en ellos las trazas del entusiasmo conquistador del pueblo que después de cuarenta años de derrota se levanta al fin victorioso.

Ninguno me ha chocado por lo excesivo. Ni el antiguo sueño de la emperatriz Eugenia, que consistía en apoderarse del ducado de Baden, aparece de nuevo obsesionando a los patriotas exaltados. Lo que se pide, lo que se espera, es la línea anterior a 1870. Llegar hasta Estrasburgo: he ahí el ideal general. En cuanto a los engrandecimientos napoleónicos, la democracia sabe que no hay que pensar en ello.

— La nueva Francia, la Francia de mañana, un franco el mapa — murmuran los pobres vendedores. Y recordando los días tristes en que tuvieron veinte años, allá en 1870, se sienten felices de no haber muerto antes de ahora y sonríen en sus barbas blancas, llenos de optimismo.

Todo sonríe, el heroísmo y el sacrificio, la tristeza y la esperanza, la pobreza y las preocupaciones. Bien dice el filósofo Gustavo Le Bon que los pueblos, por más que aparenten cambiar, son siempre los mismos. A fuerza de refinamiento, París parecíanos inapto para los supremos esfuerzos desinteresados. Contemplándolo en su riqueza, en su sibaritismo, en su voluptuoso abandono, lo creíamos poco dispuesto a dar su vida por un ideal. Él mismo, muy a menudo, dudó de su propia energía.

Nous sommes l'Empire à la fin de la décadence
qui regarde passer les grands barbares blonds
en composant des acrostiches indolents.

Mas he aquí que aquello no era sino un barniz y que el fondo es siempre el mismo, un fondo heroico, pero heroico sin violencia; un fondo que sabe cubrirse en los instantes más graves con su eterno manto de ligereza; el fondo del cual salían en tiempo del Terror las can-

ciones alegres, y en el cual se ahogaban durante el sitio de 1870 las congojas.

¡Ah mi París, cómo había yo de abandonarte ahoral Nunca me has parecido más bello a pesar de tu silencio y de tu soledad. Que tus tiendas estén cerradas y que tus teatros tengan apagadas sus luces, nada importa. Que a las nueve de la noche ya no haya un solo café para ejercitarnos en el arte de la oratoria familiar, es cosa de poca monta. Que no se oigan las músicas que animan tus veladas y alegran tus orgías, ¡qué más nos da! Tu alma, hoy mejor que nunca, nos aparece en el pleno resplandor de tu grandeza. Y con sólo tu murmullo de madre que espera el retorno glorioso de sus hijos, nos basta para sentirnos sin cesar emocionados ante tu egregia virtud sonriente.

El patriotismo de los antipatriotas.

9 de agosto.

No sólo los extranjeros, sino también los franceses, solían comparar, cuando estudiaban el estado de las fuerzas de Francia y de Alemania, la actitud del partido socialista en uno y otro país. Allá, tras el Rhin, los más exaltados revolucionarios declaraban alta y noblemente que, en caso de una guerra, tomarían sin vacilar el fusil contra sus adversarios. Aquí, en el centro de todas las paradojas y de todas las exageraciones, hablaban de una huelga general para imponer la paz. Y así, hasta los estrategas optimistas, como el coronel Boucher, ponían entre los factores de una posible derrota, la actitud probable de los discípulos de Jaurès y de Hervé.

«En el momento crítico — dice un escritor militar — tendremos que sofocar, ante todo, las criminales veleidades del sindicalismo.»

No se necesitaba, empero, ser un gran psicólogo para descubrir lo artificial de todo el aparatoso internacionalismo de los compañeros de la Confederación General del Trabajo. En los días en que más rudas eran las campañas de Hervé contra los militares, yo tuve la curiosidad de leer su famosa *Historia de Francia*, considerada cual la Biblia de las ideas peligrosas. Sin pararme en los ataques contra los frailes y contra los reyes, fuíme de-

recho a las páginas relativas a la guerra de 1870. Porque en este país, la piedra de toque del patriotismo, lo que hace transparentar la verdadera fisonomía de cada uno a través de las caretas de los partidos; lo que sirve de balanza definitiva de las almas, es el recuerdo de aquella época en que el pueblo más orgulloso del mundo tuvo que inclinar humillado la cabeza. Pues bien: aparte de una visible y natural antipatía contra el emperador y el Imperio, Hervé, el terrible Hervé, aparecióme en los dos capítulos relativos a la Guerra y a la *Commune* cual un ardiente y clarividente patriota. Por eso, al ver la carta en que este enemigo del militarismo pide que se le conceda el honor de ser soldado, no sentí la menor extrañeza.

No. Ni de él ni de ninguno de sus compatriotas temí yo jamás que a la hora del peligro volvieran las armas contra sus propios generales. El antimilitarismo en Francia es una enfermedad que se cura en cuanto una música de regimiento pasa por las calles tocando aires marciales. El *Allons, enfants de la patrie*, es un ritmo a cuyo compás todos los corazones palpitan.

Hace veinte años, en los momentos en que yo hacía, en el Barrio Latino, vida de estudiante, el buen tono era ser, no sólo antimilitarista, sino también antipatriota. Hablar de Alsacia-Lorena resultaba entonces tan cursi, tan cursi, que nadie se habría atrevido a hacerlo. Los alemanes aparecían como hermanos. Un poeta germánico, de luengos cabellos, que luego ha adquirido una inmensa fama en su tierra, Stefan Georges, venía a nuestras reuniones del café d'Harcourt, y, entre muchachos que hoy ocupan las más altas situaciones oficiales, glorificaba a los héroes de su raza coreado por todo el mundo.

¡Pero qué digo en los cafés juveniles y generosos! En todas las esferas pensantes de Francia los hombres ilustres parecían instruir un proceso contra lo que Briand llamaba los crímenes del patriotismo. Entre mis libros tengo aún un folleto de aquella época, titulado *Enquête sur le cosmopolitisme*. Permitidme que abra sus páginas ya amarillentas en esta hora trágica.

El primero que contesta a la encuesta es el sabio alsaciano Michel Breal. He aquí sus palabras:

«Es necesario vivir *para* la patria, pero no *contra* las demás patrias, sino *con ellas*, todos unidos para la Humanidad.»

En seguida Havet escribe:

«En mi opinión, el amor de la patria y el amor al género humano son tan compatibles como el amor a la familia es compatible con el amor a la nación o con el espíritu de cuerpo. Más aún: yo los creo inseparables si están basados en el sentido común, puesto que el amor a la Humanidad no será, aislado, más que una aspiración vaga, incapaz de trabajar a su realización parcial, en tanto que el amor *exclusivo* a la patria será siempre un egoísmo peligroso para la patria misma.»

Gabriel Tarde, filósofo e historiador, explica en los términos siguientes la evolución de la idea de patria:

«En los primeros tiempos de la Humanidad el patriotismo no era más que el espíritu de las tribus. Era la injusticia organizada, el privilegio de unos y la opresión de otros. Fuera de la familia no existía más que un vasto terreno de cacería: el hombre no era para el hombre más que la presa buena para matar y comer. Poco a poco el espíritu de tribu se hizo menos cruel y se dilató. Transformóse convirtiéndose en menos agresivo y menos represivo: el ataque injustificado y la *vendetta* tienden a

desaparecer, o, mejor dicho, el procedimiento se ensancha con los límites de la unidad social, que se convirtió en aldea, después en ciudad y más tarde en estado.

»Hoy el salvajismo primitivo que reinaba entre las tribus se ha refugiado en las fronteras de los estados; ese salvajismo subsiste aún. Los pueblos viven entre ellos sin ninguna obligación jurídica y sin creerse obligados a hacerse justicia unos respecto a otros. Sin embargo, el desarrollo de los intereses financieros y las relaciones económicas ejercen saludable influencia. Las naciones vacilan en lanzarse a una guerra, aun en la seguridad de la victoria, porque tal vez les costaría más que lo que puede producirles. Cada pueblo considera a los otros como clientes que debe conservar. Por esas razones la paz se consolida; pero es necesario hacerla además inalterable; los mismos intereses económicos que ordinariamente la sostienen, a veces la destruyen. Cuando un estado se encuentra en competencia con otro más débil para la posesión de un mercado importante, se lanza sobre él y lo estrangula sin escrúpulo. Ahí tenéis la única explicación de la guerra hispano-americana y la sola de la guerra sudafricana, que, sin ese motivo de necesidad económica, hubiera sido una guerra increíble y que será un baldón para Inglaterra. Tales conflictos cesarán, sin duda alguna, cuando el comercio sea enteramente libre.»

Pasemos ahora del mundo universitario al libre país de los poetas. El primero que nos habla es Maurice Bouchor. Su voz es generosa. Es voz de artista. «Que millones de obreros franceses, alemanes, ingleses, italianos, unidos por sus reivindicaciones y sus aspiraciones — dice — estén expuestos a matarse por motivos tan extraños a su voluntad, no es menos odioso al pensamiento que una

guerra entre los franceses del Norte y los del Mediodía.» Otro poeta, hijo de un general muerto en la guerra: Paul Margueritte. Sus palabras emocionan. Escuchadlas: «La guerra, sangrienta herencia del pasado, deseamos de todo corazón que se convierta en un imposible; que sea imposible de hecho e imposible en derecho; que esté anulada por arbitrajes pacíficos y repudiada por la conciencia humana.» Octave Mirbeau, poeta también, suntoso y sombrío poeta en prosa, se coloca en un punto de vista sociológico y dice que la idea de *patria* no evoca más que horribles ideas de violencia, tinieblas de odio, de muerte, de exterminio, y que si es pintoresca, también es singularmente regresiva y criminal. «El patriota — escribe — me produce el efecto de un salvaje con su cabeza adornada de plumas esplendentes y el cinto lleno de cabezas cortadas. Se cree héroe por sus vestidos de oropel enrojecido; en realidad, no es más que un criminal.» En cuanto al adorable Anatole France, se contenta con repetir una frase de Fenelón, que me servirá a mí también para terminar en belleza estas notas: «Quiero más a mi familia que a mí mismo — y a mi patria más que a mi familia — y a la Humanidad más que a mi patria.»

Cuando, hace muchos años, yo leía, encantado, estas páginas de universal generosidad, recuerdo que Jean Moreas me dijo un día:

— Que suene un tiro en la frontera, y veremos cómo se desvanecen todas esas teorías que no están en el alma de la raza.

Ni necesidad del tiro hubo. Apenas el asunto Dreyfus sacudió el alma adormecida, la juventud intelectual cambió en un instante de modo de pensar. ¡Ah! ¡Quién hubiera creído que cuando Barrés me dedicaba en uno de

los primeros números de *Le Journal* un artículo, titulado «En plein ciel», y en el cual hacía un panegírico del cosmopolitismo, preparábase ya, tanto en él como en sus demás compañeros, el formidable movimiento patriótico que hoy nos llena de admiración!

Se me dirá que la gente seria no dió nunca una gran importancia a aquel espíritu artificial y literario.

Está bien.

Pero, ¿por qué dársela mayor al sindicalismo? ¿Por qué creer que un Hervé no había de hacer, a su modo, ante un choque, lo que Barrés había hecho filosóficamente? Las ideas, en los pueblos, tienen menos importancia que los sentimientos. Con un cuidado extraordinario se preparan generaciones cuyo único ideal debe ser el trabajo, el estudio, el esfuerzo civilizador y culto. Se hace un velo de ideologías y se pone sobre la nación. Todo parece cambiado. La idea de guerra, la idea de violencia y la idea de odio, desaparecen. El Universo respira en paz creyendo que los antiguos ideales de sangre han desaparecido y que una brisa de hermandad orea los ánimos. Pero se oye de pronto un clamor guerrero, se ve un trapo de dos o tres colores que flota en pleno sol, y todos, de pronto, todos, todos, sienten que por encima de los ensueños suaves de paz, de internacionalismo, de amor de la Humanidad, está arraigado en sus almas el rudo y santo y eterno instinto de nacionalismo. Y todos, todos, todos, gritan:

— ¡Viva la patria!

Los obreros, en Francia, han podido de un modo sincero creer que odiaban la guerra. Es porque cuando ellos hacían su acopio de ideas generales, la paz parecía asegurada. Tal vez también han podido llegar a creer que la patria no era nada y que el mundo era todo. Es

porque la patria, hasta ayer, no aparecía en peligro. Mas ¿cómo los que conocen al pueblo galo, cómo los que han estudiado su historia de perpetua lucha por la libertad y por la gloria, pudieron nunca engañarse hasta el punto de tomar, no sólo en serio, sino en trágico, las coplas de La Internacional? En el fondo de cada ciudadano de Francia, ya sea un militar, ya sea un burgués, ya sea un proletario, hay siempre un ardiente patriota que está dispuesto a los mayores sacrificios por defender su suelo, sus ideas y su cultura. Esos muertos de que habla Barrés, y que tanto han hecho reír a los socialistas; esos humildes muertos, que se alzan a través de la Historia y que con sus actitudes inmóviles señalan el camino de las viejas marcas sagradas, son los guías de este pueblo. Aun los más enemigos del tradicionalismo van hacia donde ellos les mandan, con un entusiasmo que tiene algo de religioso. Y es que aquí, lo mismo que en todas partes, hay que decir, según la frase de Blasco Ibáñez, que los muertos, los nobles muertos que hicieron y salvaron el país, son los que mandan y los que mandarán eternamente.

La vuelta a Alsacia.

10 de agosto.

Los franceses en Alsacia, los franceses en Milhusa, los franceses a las puertas de Colmar... Parece un sueño... La gente, en las calles, se da la noticia con alegría... Los ojos jóvenes brillan llenos de orgullo. Pero son los ojos viejos los que más conmueven, los ojos viejos que lloran... Y es que resulta necesario haber visto la otra guerra, haber vivido cuarenta y cuatro años con la obsesión de las dos provincias perdidas, para sentir en toda su intensidad la dicha de la reconquista. ¡Ah, si Deroulède hubiera podido aguardar unos cuantos años, hoy recibiría el premio de toda su existencia de fe, de ardor, de constancia! «No sé si la veremos nosotros — decía en los últimos meses de su vida el bravo patricio —; pero la *revancha* vendrá..., sí..., sí, vendrá.» Y había tal entereza en su creencia, que nadie se atrevía a contradecirlo. Pero nadie se atrevía tampoco a creerlo. Cada año, según opiniones universales, Francia perdía una batalla permaneciendo estacionaria en su aumento de población. Cada año, Alemania ganaba, con sus quinientos mil hijos nuevos, más que una batalla, casi una provincia. Y así, mientras aquí, en la tierra que no olvida, la esperanza no era sino vago anhelo, allá, en la terrible patria de las realidades matemáticas, hasta el último tendero

se reía cuando se le hablaba de las reivindicaciones francesas.

— Tenemos dos millones de soldados más que los franceses — exclamaban.

Y era cierto. Tenían eso, y tenían, además, su confianza en sí mismos, una confianza natural en un pueblo admirable que durante medio siglo ha trabajado sin descanso en engrandecerse, una confianza que ni la amenaza de la más terrible conflagración europea logró conmover el día de la declaración de guerra; una confianza incapaz de la menor duda; una confianza de acero forjada por Krupp, en una palabra.

Pero he aquí que, apenas desencadenado el huracán, la fortuna parece comenzar a volver la espalda a su favorita de ayer. Y para marcar bien sus designios, es en dos batallas desiguales donde el cambio se opera: en Lieja, que veinticinco mil belgas defienden victoriosamente contra cien mil prusianos, y en Altkirch, que sus defensores han abandonado, perseguidos por las bayonetas francesas. ¿No se dijera que para probar lo poco que valen los cálculos de los hombres, la Providencia quiere ahora castigar el orgullo de los teutones, como castigó el de los franceses en 1870?

«Hace cuarenta años, al final de la movilización — dice Albert de Mun —, yo estaba en Metz; íbamos a partir hacia la frontera. A nuestro derredor veíase el más espantoso desorden, la más completa desorganización. El Emperador llegó, pálido, enfermo, llevando en su rostro trágico la imagen de la derrota. Los regimientos pasaban ante él cantando la Marsellesa, hasta entonces prohibida. Los corazones estaban turbados, las almas no tenían esperanza. Hoy, por el contrario, todo se lleva a cabo con un admirable método. En ocho días

de movilización, ni un solo accidente ha desviado la marcha. Toda la formidable máquina funciona perfectamente. La ofensiva comienza por nuestra parte.

»Esto no es todo. En 1870, en un momento como el actual, ningún plan general unía los cuerpos de ejército, repartidos entre Thionville y Estrasburgo. Delante de nosotros, por el contrario, el enemigo avanzábase conducido por el impulso reflexivo de un mando seguro de su voluntad. Nada detenía ni entorpecía aquella marcha.

»Hoy, ¡cuánta diferencia! El plan, maduramente preparado por el Estado Mayor de Berlín, resulta desbaratado desde un principio. Había creído, por la inmensa conversión de su ala derecha, desborbar nuestro flanco izquierdo y encontrarnos en Mezières y Stenay para organizar un segundo Sedán. El heroísmo de los belgas, solos, lo ha obligado a cambiar sus planes y a renunciar a la ofensiva.»

Los alsacianos han sido los primeros en celebrar la entrada de los franceses en Milhusa, como la aurora de una redención. La gran ciudad, que en 1828 fué llamada la capital industrial de Francia, no ha perdido nunca, a pesar del régimen de hierro de Alemania, ni su alma francesa ni su lengua francesa. Entre sus cien mil habitantes, sólo los inmigrados de Prusia, que viven aparte y que forman una especie de «gheto», hablan alemán. Y es que a la fidelidad de la idea de *revancha* de los franceses, ha correspondido siempre, en los alsacianos, una fidelidad de alma. ¡Lo que este pueblo ha sufrido por no someterse! Sus conquistadores, sin embargo, mostrábase dispuestos a todas las concesiones, con tal de conseguir la aceptación del cambio de nacionalidad. Tranquilos y dignos, los alsacianos resistían siempre,

con la esperanza de ver llegar a los libertadores. ¡Cuarenta y cuatro años han esperado! A veces, cuando la hermana Ana, asomada a la ventana que da a la ruta de París, decía: «no veo venir nada, nada», un instante de desesperanza afligía al pueblo. Pero aquello no duraba. «No pueden dejar de venir», murmuraba, volviendo los ojos hacia el Poniente.

Y Francia, por medio de uno de sus más ardientes intérpretes, Maurice Barrés, decía a Metz y a Estrasburgo:

— Un día llegará en que entre vuestras viñas arruinadas, por vuestros caminos llenos de escombros, iremos a pedirnos perdón y a reedificaros con oro y mármol. ¡Ah, las fiestas, entonces; la inmensa peregrinación nacional, toda la Francia corriendo para tocar con sus manos los hierros de las cautivas!...

Hoy, al ver entrar a los coraceros en sus caballos de guerra, los viejos de Milhusa, con los rostros bañados en lágrimas, han murmurado, yendo hacia ellos:

— Sois los mismos de Reischoffen resucitados... ¡Benditos seáis!...

Y las muchachas, bajo las alas de luto de sus tocas tradicionales, han sentido también que los ojos se les humedecían, recordando el retrato enlutado que sus madres conservan aún y que representa a un soldado como ésos, tan distintos en su alegre ligereza de los magníficos pero hoscos ulanos de la Alemania.

Las fuerzas en presencia.

14 de agosto.

Por todos los conductos se confirma la tremenda noticia de que Alemania ha amontonado en las fronteras de Francia veintidós o veintitrés cuerpos de ejército, no dejando frente a la concentración rusa sino doscientos cincuenta mil hombres. Si a ello se agrega que ya está demostrado que Austria envía todas sus fuerzas eslavas y checas a Alsacia, las comarcas del Este se hallan ahora amenazadas por más de dos millones de hombres. Que los franceses vean en tamaña masa de bravos guerreros un peligro inmenso, se comprende. Hasta hoy nunca se había hecho un esfuerzo militar análogo en el transcurso de los siglos. Pero al mismo tiempo hay en el alma de esta gente un noble orgullo al ver que, desdeñando por ahora el Imperio de los zares, sus dos adversarios ponen casi todas sus fuerzas frente a las fortalezas lorenesas.

He ahí un homenaje que demuestra, en efecto, cuán falsas eran las palabras desdeñosas con que la prensa pangermanista de Berlín solía hablar de «ese país desorganizado por las luchas políticas y debilitado por el malthusianismo».

Verdad es que en Alemania misma los grandes escritores militares se han guardado siempre de caer en este

pecado de desdén. El libro de un coronel prusiano, titulado *¿Fena o Sedán?*, es uno de los que mejor demuestran, con su incertidumbre ante el resultado de la guerra actual, la inquietud de los estrategas actuales. Pero aun hay un ejemplo más característico de este estado de espíritu: el del famoso general von Bernhardi, que es el Moltke de la nueva Alemania. Este gran teórico, en el primer capítulo de su libro, titulado *La guerra moderna*, se expresa de este modo:

«Me parece imposible que la casualidad nos favorezca de nuevo como en 1870, dada la situación actual de Europa. Todos los Estados, en efecto, han adoptado el servicio obligatorio, constituyendo así ejércitos nacionales. Todos se sirven de armas nuevas y poderosas, todos utilizan los mejores procedimientos técnicos. La preparación para la guerra ha llegado en Europa a sus últimos límites. Es, pues, imposible prever que un ejército se muestre superior a otro.»

Y más adelante agrega:

«No podemos contar tampoco con un concurso de circunstancias milagrosas, cual el de nuestra guerra de 1870, en la que un Bismarck dirigía nuestra política y un Moltke nuestro ejército.»

Y más adelante aún, refiriéndose a los oficiales alemanes:

«Estas son fuerzas que no se pueden medir ni hacer entrar en los cálculos como factores bien definidos, pues, frente a ellos, nuestros adversarios tienen también las ventajas de sus cualidades peculiares. ¿Quién osaría, por ejemplo, negar las altísimas cualidades militares del soldado francés?»

La conclusión del general von Bernhardi es que el único medio que tiene Alemania de asegurarse la vic-

toría, es reunir un ejército cuya superioridad numérica sea incontestable en los momentos graves.

Ahora bien: ¿puede decirse que los ejércitos prusianos son actualmente muy superiores en número a los franceses? Porque no hay que olvidar que, además de sus veinte cuerpos de ejército metropolitanos, posee este país las tropas argelinas, que ya han comenzado a desembarcar. Verdad es que, aun así y todo, los veintitrés cuerpos germanos y los dos o tres que Austria ha enviado, representan una superioridad de trescientos mil hombres. Pero contra este excedente aparecen los elementos belgas e ingleses.

La lucha, pues, en las fronteras de Francia y en los campos de Bélgica va a ser tan igual, que se dijera que una mano divina hubiera contado a los combatientes con objeto de distribuirlos de un modo equitativo. Los alemanes y austriacos juntos pueden calcularse en dos millones. Los franceses, con el apoyo anglobelga, deben llegar a una suma idéntica.

¿De qué lado se inclinará la victoria definitiva?

Sea del lado que sea, nadie podrá decir esta vez que la lucha ha sido desigual, por lo menos en los campos de Lorena y de Flandes.

Las noticias de la guerra.

15 de agosto.

Quéjense los periódicos españoles, en general, de la abundancia de noticias contradictorias que las Agencias les comunican. Por nuestra parte, los que vivimos en París nos dolemos a diario de la escasez de informaciones que la prensa francesa recibe y publica. Los dos males, sin duda, son graves para el estado de inquietud en que el mundo entero se halla. Pero, pensando bien en el problema, cada día más serio, de los servicios telegráficos en tiempo de guerra, y comparando la clara sobriedad de las hojas parisinas con el desorden de los diarios madrileños, llegamos a preguntarnos si no es preferible abstenerse, en circunstancias como las actuales, de dar no sólo crédito, sino también publicidad, a todos aquellos despachos que no llevan un sello de autenticidad oficial.

En Francia, no tanto por el estado de sitio como por el pacto concluido entre los directores de periódicos, se ha decidido concretarse a la publicación de boletines que el Ministerio de la Guerra comunica tres o cuatro veces al día. En un principio, algunos corresponsales extranjeros doliéronse de este sistema, que les impide demostrar sus virtudes imaginativas. Los yanquis, sobre todo, tan amigos de hacer tragedias con cualquier argumento,

trataron de escapar a la censura sirviéndose de mil estratagemas. Por Bélgica y por Suiza volaron hacia el Nuevo Mundo todos los rumores del Bulevar, llevando cifras fantásticas de muertos y de prisioneros. Cuando los ejércitos no habían aún disparado un tiro, ya Nueva York celebraba la toma de Colmar por los franceses y la destrucción de Kiel por los ingleses.

Mas, poco a poco, los mismos *reporters* norteamericanos han comprendido lo vano de ese sistema, que lleva aparejada una rectificación a cada noticia, y en una reunión profesional, presidida por el redactor-jefe de *New York Herald*, han decidido, no sólo resignarse a telegrafiar las noticias oficiales de la guerra, sino a «tributar un homenaje a la franqueza leal y clara que preside a la redacción de los comunicados del Gobierno». Este homenaje, ya antes que los yanquis, habíamos podido nosotros los vecinos de París rendirlo, aun sin esperar que los acontecimientos confirmaran la veracidad de todas las noticias enviadas por el Ministerio. Y es que basta darse cuenta de lo que es un Estado democrático, en el cual no existen intereses superiores de dinastías, en el que cada ciudadano es un censor, en el que una mentira comprobada establece una general desconfianza, en el que cada organismo administrativo tiene responsabilidades trascendentales, para comprender lo pueril que es atribuir miserables procedimientos de embuste a un *bureau* establecido para tener al público al corriente de lo que pasa. Y si esto no basta, aun hay otra razón, más grave aún, para penetrar en la realidad de las circunstancias.

Todo el mundo sabe, en efecto, que el primer cuidado de Francia en el curso de la campaña que comienza, es evitar las faltas de hace cuarenta y cuatro años. Aho-

ra bien: en 1870, una de las causas del gran desastre moral fué la imprevisión con que la prensa acogió las noticias de la frontera. París, muy a menudo, despertábase oyendo relatar victorias estupendas, y en su entusiasmo, las celebraba de un modo delirante. Mas, ¡ay!, antes de acostarse, aquellos boletines de gloria trocábanse en despachos de duelo, con detalles de fracasos espantosos. Los nervios del pueblo, sometidos a tal régimen, llegaron pronto al desequilibrio, que produjo el desaliento, que produjo el pánico, que produjo la exasperación, que produjo la *Commune*.

Era el sistema de la Emperatriz.

El del Gobierno de la República es otro, y es muy otro. En frases sobrias, sin sonoridades de clarines ni redobles de tambores, los fríos oficiales del Estado Mayor redactan, hora por hora, comunicados que contienen noticias escuetas. Y si por algo pecan, es por el deseo de dar poca importancia a acciones que el público considera como muy importantes. ¿Queréis un ejemplo? He aquí uno de los comunicados de ayer, 14, tal cual fué enviado a los periódicos:

«Le combat qui s'est livré sur l'Othain le 11 août s'est poursuivi le 12 août, dans des conditions très brillantes. Il convient d'en résumer les péripéties.

»Le premier acte a été l'attaque de deux bataillons français par des forces allemandes très supérieures en nombre. Les deux bataillons se son repliés, mais, dans la nuit même, ils ont, avec du renfort, prononcé une contre-attaque extrêmement vigoureuse.

»Cette contre-attaque, appuyée par notre artillerie, a obligé les allemands à une retraite précipitée, au cours de laquelle ils ont eu de nombreux morts et blessés. Nous avons fait de nombreux prisonniers. C'est au

cour de cette contre-attaque que les allemands ont abandonné une batterie d'artillerie, trois mitrailleuses et plusieurs caissons de munitions.

»Notre avantage s'est poursuivi avant hier 12 août. Une batterie française a surpris le 21^o régiment de dragons allemands, pied à terre. Nos pièces ont aussitôt ouvert le feu et le régiment a été anéanti.

»Le résultat de ce double succès a été immédiatement sensible. Non seulement le mouvement en avant des forces allemandes s'est arrêté dans cette région, mais leurs colonnes se sont repliées, suivies de près par les nôtres. C'est au cours de cette poursuite que nous avons trouvé dans les villages voisins, Pillon et autres, de nombreux blessés allemands atteints dans le combat de la veille.

»Neuf officiers et un millier d'hommes, blessés et prisonniers, son restés dans nos mains. (Oficiel.)»

Ya veis que se trata de un verdadero triunfo, en el cual los franceses han hecho más de mil prisioneros alemanes. En otro tiempo — tal vez hoy mismo en otro país—el boletín relatando tal hecho de armas habría sido escrito con tintas de púrpura.

Y lo mismo que se dan las noticias de las victorias se comunican los fracasos. Ayer, antes del despacho anterior, los periódicos recibieron el que literalmente dice:

«Deux bataillons qui s'étaient emparés du village de la Garde, en ont été chassés par une contre-attaque allemande, très supérieure en nombre. Ils ont été rejetés sur Xures. (Oficiel.)»

Claro que todo esto es demasiado breve, que la gente querría más detalles, que las familias desearían conocer el número de cada uno de esos batallones, para saber si sus hijos estaban en la batalla. Claro que las imagina-

ciones se contentan difícilmente con tan parca sobriedad. Claro que los bellos telegramas de los griegos, llenos de datos heroicos, de frases históricas, de promesas pomposas, eran, hace dos años, más bellos, más guerreros, más emocionantes.

Pero la estrategia moderna tiene exigencias que no se avienen con el ávido deseo de enterarse de las masas. Desde que comenzó la campaña nadie sabe a punto fijo en dónde se halla cada regimiento, ni quién lo manda, ni adónde se dirige. El campo de acción es un tablero secreto de ajedrez, cuyas piezas sólo el generalísimo conoce. Ahora mismo el ilustre doctor De Molènes, tío y tutor del aviador Beaumont, me dice:

— Hace ocho días que Andrés se marchó, y aun no sabemos ni dónde está ni lo que ha hecho. Figúrese usted nuestra inquietud cada vez que leemos noticias de aeroplanos destruídos.

Y luego, sereno, murmura:

— Pero puesto que es necesario para asegurar el triunfo, más vale así...

Como este sabio amigo de la paz, piensan todos los demás.

Porque en los momentos actuales, más que padres, más que hermanos, los franceses son franceses.